
LOS RIVALES.

ARGUMENTO.

Platon, ó el autor, cualquiera que él sea, de este pequeño diálogo, se propone dar una idea exacta de la filosofía. ¿Consiste el ser filósofo en querer conocer todas las cosas? No; porque las fuerzas del espíritu tienen sus límites como las del cuerpo; y la filosofía no conseguiria su objeto, si aspirase á la ciencia universal.

¿Consiste el ser filósofo en formarse una idea general de todas las ciencias y de todas las artes? Tampoco; porque en tal caso el filósofo seria necesariamente inferior á cualquiera sabio, á cualquiera artista, versado en una sola ciencia ó en un solo arte que sabria mejor que él, y entónces el filósofo entraria en segunda línea. Pero el filósofo no debe ser inferior á nadie. ¿Cómo, pues, llegará á conseguirlo? Limitando, por lo pronto, su estudio á conocerse bien á sí mismo. Esta ciencia le enseñará á conocer á los demás hombres, sus semejantes; y cuando conozca bien la naturaleza humana con sus cualidades y defectos, estará en disposicion de guiarse á sí mismo y de guiar á los demás. Será, como dice Sócrates, buen rey, buen político, buen administrador, y será sabio y justo. Entónces tendrá las condiciones de un hombre verdaderamente superior, como debe ser el hombre educado por la filosofía tal como la entendia Sócrates, es decir, la filosofía moral.

LOS RIVALES

ó

DE LA FILOSOFÍA.

SÓCRATES.

Entré el otro día en la escuela de Dionisio el gramático (1) y encontré allí algunos jóvenes de agradable porte y de las mejores familias de la ciudad con sus amantes. Había dos que estaban disputando, pero no pude entender sobre qué, si bien me pareció que era sobre Anaxágoras ó Enopidas (2), porque trazaban en el suelo círculos, y parecía que imitaban con sus manos ciertos ángulos de inclinación. Su afán era extremado. Como yo estaba sentado cerca del amante de uno de los que disputaban, le pregunté, tocándole en el codo, qué era de lo que trataban aquellos dos jóvenes. Precisamente, le dije, ha de ser cosa grande y notable, cuando con tanto afán lo toman. Y bien, respondió, una cosa grande y magnífica; charlan sobre los astros y se ocupan de fruslerías filosóficas. Sorprendido de esta respuesta, le dije: Joven, ¿te parece ridículo el filosofar? ¿A qué viene hablar tan duramente?—

(1) Uno de los maestros de Platon.

(2) Geómetra y astrónomo del tiempo de Anaxágoras; era natural de Chio.

Otro jóven, que estaba sentado cerca de él y que era su rival, habiendo oído mi pregunta y su respuesta, me dijo: En verdad, Sócrates, no quedarás muy satisfecho si preguntas á este jóven, que mira con desden el estudio de la filosofía. ¿No sabes que toda su vida se resume en tres palabras: ejercitarse en la palestra, comer y dormir? ¿Qué otra respuesta podías esperar de él, sino que es ridículo el filosofar?—El rival, que me hablaba de esta manera, habia estudiado las ciencias y las artes, mientras que el otro de quien tan mal hablaba sólo se habia dedicado á la gimnasia. Juzgué, pues, que debia dejar al que habia preguntado al principio, tanto más, cuanto que el mismo no se consideraba en posicion de conversar como no fuera sobre los ejercicios del cuerpo, y ver el partido que podria sacar de su rival, que se la echaba de más sabio. Le dije: mi pregunta se dirigia á ambos, pero si tú conoces que puedes contestarme mejor, me dirijo á tí solo; ¿crees que sea bueno filosofar, ó crees lo contrario?

Los otros dos jóvenes, luego que nos oyeron, callaron, cesaron en su disputa y vinieron á escucharnos con el mayor silencio. Lo que á su aproximacion experimentaron los dos rivales, yo no lo sé; pero con respecto á mí puedo decir, que me estremecí, porque la juventud y la belleza siempre me causan esta impresion. Sin embargo, uno de los dos amantes no me pareció ménos conmovido que yo, lo cual no le impidió responderme con serenidad: Sócrates, si yo creyera que era ridículo filosofar, no me creeria hombre, y no es otra la opinion que tengo formada de cualquiera que abrigue una opinion semejante; añadió queriendo con estas palabras indicar á su rival, y levantando la voz para que le oyera el que él amaba: —¿Te parece que la filosofía es una cosa buena? le dije. —Seguramente, respondió.—¿Pero qué, repuse, crees tú que se pueda saber si una cosa es hermosa ó fea, sin saber ántes lo que ella es?—No.—Pues bien, sabes tú lo

que es filosofar?—Sin duda lo sé.—¿Qué es, pues? le pregunté.—No es otra cosa, me respondió, que lo que Solón ha dicho en cierto pasaje:

Yo envejezco aprendiendo todos los días.

Me parece, en efecto, que el que quiera ser filósofo, debe aprender todos los días alguna cosa, lo mismo en su juventud que en su ancianidad, á fin de saber en esta vida el mayor número de cosas posible.

Al pronto esta respuesta me pareció satisfactoria, pero despues de haber reflexionado un poco, le pregunté si hacía consistir la filosofía en un gran saber.—Sin duda, me respondió.—Pero piensas, le dije, que la filosofía es, no sólo buena, sino tambien útil?—Es útil igualmente, respondió.—¿Te parece, le repliqué, que sea peculiar á la filosofía, ó crees que sea lo mismo para las demás artes? Por ejemplo, el gusto por la gimnasia te parece tan útil como bello?—Es segun, me respondió en tono festivo; con éste no temo decir que no es ni lo uno ni lo otro, pero contigo, Sócrates, confieso que es á la vez bello y útil.—¿Y crees tú, le dije, que el gusto de la gimnasia consiste en hacer el mayor número de ejercicios posible?—Sin duda, me respondió, como el amor á la sabiduría, la filosofía consiste en querer conocer el mayor número de cosas posible.—Pero, le pregunté: ¿piensas, que los que tienen gusto en dedicarse á la gimnasia, tengan otro fin que el de robustecer el cuerpo?—No, ciertamente, me dijo.—Por consiguiente, repuse, el gran número de ejercicios es el que hace que se robustezca el cuerpo?—¿Y cómo, me respondió, podría robustecerse con pocos ejercicios?

Sobre esto me propuse apurar á mi atleta para que me auxiliase con su experiencia en la gimnasia. Dirigiéndole, pues, la palabra: ¿por qué guardas silencio, querido mio, cuando debes hablar de este modo? ¿Crees tú, que los

ejercicios numerosos dan la salud, ó que la dan los ejercicios moderados?—Yo, Sócrates, respondió, creo que los ejercicios moderados son los que dan la salud conforme al precepto recibido. ¿Quieres la prueba? Ahí tienes ese hombre, que en su aplicacion al estudio, ni duerme, ni come; y mira qué cuerpo flaco y débil tiene.

A estas palabras los dos jóvenes se echaron á reir, y el filósofo se ruborizó. Yo le dije entónces: pero bien, ¿reconoces ahora que no son los muchos ó pocos ejercicios, sino los ejercicios moderados, los que dan la salud? ¿ó quieres combatir contra dos?

Si fuera él solo, me dijo, me mantendria firme de buena gana y le probaria lo que he dicho, aunque se tratase de una cosa ménos probable, porque no hay duda de que es temible el adversario. Pero contigo, Sócrates, no quiero disputar contra mi opinion. Confieso que no son los muchos ejercicios sino los ejercicios moderados los que dan la buena salud.

Y con respecto á los alimentos, le dije, ¿no es una cantidad moderada y no una gran cantidad la que mantiene la salud? Convino en ello. Y sobre todas las demás cosas, que afectan al cuerpo, le obligué igualmente á convenir en que el justo medio es lo útil, y de ninguna manera lo mucho ni lo poco. Y respecto al alma, le dije en seguida, ¿qué le convendrá? ¿Una cantidad grande de alimentos ó una cantidad moderada? Moderada, me dijo.

Y las ciencias, le repuse, ¿no entran en el número de los alimentos del alma? Convino en ello. Por consiguiente, le dije, es útil al alma, no una multitud, sino una cantidad moderada de ciencias.

¿A quién podriamos razonablemente dirigirnos, para saber cuál es la cantidad moderada de alimentos y de ejercicios, que es útil al cuerpo? Convinimos todos tres en que á un médico ó á un maestro de gimnasia. Y sobre semillas, para conocer la justa proporcion en la siembra, ¿á

quién sería preciso dirigirse? Convinimos en que á un labrador. Y respecto á las ciencias, ¿á quién consultaríamos, para saber el término medio que es preciso guardar, al sembrarlas y plantarlas en el alma? Sobre esto todos tres nos encontramos llenos de incertidumbre. Puesto que nos vemos en este conflicto, les dije en tono festivo, ¿quereis que llamemos en nuestro auxilio á esos dos jóvenes? ¿Ó quizá tendríamos vergüenza de llamarlos, como Homero dice de los amantes de Penélope, que no pudiendo tender el arco, querian que ninguno otro pudiera hacerlo?

Cuando vi que tenian perdida la esperanza de encontrar lo que buscábamos, tomé otro camino y les dije: ¿Qué ciencias, segun nosotros, debe ante todo aprender un filósofo? Porque ya estamos conformes en que no debe aprenderlas todas, ni tampoco un gran número de ellas.

El sabio, tomando la palabra, dijo que las mejores y más convenientes para un filósofo eran las que debian hacerle más honor, y que nada le honraria tanto como parecer hábil en todas las artes, ó por lo ménos en la mayor parte, y sobre todo en las más consideradas; que por lo tanto era preciso, que el filósofo aprendiese todas las artes dignas de un hombre libre, es decir, las que dependen de la inteligencia, y no las que dependen de la mano.—¿Haces, le dije, la misma distincion que se acostumbra á hacer en arquitectura? Tendrás un entendido maestro de obras por cinco ó seis minas, pero un arquitecto no le encontrarás por diez mil dracmas, porque hay pocos en toda la Grecia. ¿No esto lo que quieres decir?—Sí, me respondió.—Entónces le pregunté si no era imposible, que un hombre aprendiese perfectamente dos artes, cuanto más poder aprender un gran número de ellas sobre todo de las difíciles. A lo cual él me respondió: No te imagines, Sócrates, que yo quiera decir que un filósofo deba saber estas artes tan perfectamente como los que las ejercen. Basta que las sepa como conviene á un hombre libre y bien edu-

cado, á fin de estar á punto de comprender mejor que los demás lo que dicen los maestros, y poder dar su dictámen, de suerte que sobre todo lo que se dice ó se hace relativo á estas artes, supere en mucho á los demás en gusto é ilustracion.

Y dudando yo aún de lo que queria decir: mira, le dije, si penetra bien en la idea que tú tienes del filósofo. Quieres, á mi parecer, que el filósofo sea respecto de los artistas, lo que es un *pentatlo* (1) respecto de un corredor ó luchador. Vencido por los atletas de profesion en el ejercicio, que es propio de cada uno de ellos, el pentatlo está en segunda línea, mientras que es superior á todos los demás atletas. Hé aquí quizá el efecto, que, segun tú, produce la filosofía en los que se dedican á ella; en cada arte están por bajo de los maestros, pero aunque están en segunda fila, están por cima de todos los demás hombres. De esta suerte un filósofo es en todas las cosas un hombre de segundo órden; tal es, yo creo, la idea que quieres darnos.

Paréceme, me dijo, que has comprendido bien mi pensamiento, comparando el filósofo con el pentatlo, porque el filósofo realmente es un hombre, que no se apega á nada como un esclavo, ni se entrega exclusivamente á una cosa sola, hasta el punto de que para llevarla á su perfeccion, desprecie todas las demás, como hacen los artistas; el filósofo se dedica á todas en cierta medida.

Despues de esta respuesta, como yo queria saber claramente lo que queria decir, le pregunté si creia que las gentes hábiles eran útiles ó inútiles.

—Útiles seguramente, Sócrates.

—Si las gentes hábiles son útiles, las gentes inhábiles son inútiles.

(1) De πέντε, cinco, y ἄλλος, ejercicio. Conocedor experimentado en cinco especies de ejercicios, que eran el tiro de flecha, la carrera, el saltó, el disco y la lucha.

Convino conmigo.

—Pero los filósofos, ¿son útiles ó no lo son?

—Son, no sólo útiles, sino los más útiles de los hombres.

—Veamos, pues, si dices verdad, y examinemos cómo hombres, que están en segunda línea, pueden ser útiles; porque es evidente que en cada arte el filósofo es inferior al artista respectivo.

Convengo en ello.

—Pues bien, dime, ¿si estuvieses enfermo ó lo estuviese alguno de tus amigos, con gran sentimiento tuyo, para restablecer tu salud ó la de tu amigo, llamarías al filósofo, este hombre que es hábil en segunda línea, ó harías venir al médico?

—Yo les haría venir á los dos.

—No me digas los dos; es preciso optar por uno de ellos. ¿A cuál darás tú la preferencia?

—No hay nadie que dude y que no haga venir al médico.

—Y si te hallases en un buque batido por la tempestad, ¿á quién encomendarías tu persona y cuanto te perteneciese, al filósofo ó al piloto?

—Al piloto sin duda.

—De manera que en todas las ocasiones en que se encuentra un hombre especial, el filósofo no es útil.

—Al parecer.

—Por consiguiente, los filósofos son gentes inútiles, porque en cada arte tenemos hombres hábiles, y estamos conformes en que sólo las personas hábiles son útiles, y que los demás son inútiles.

Se vió precisado á convenir en ello.

—¿Me atreveré á hacerte aún otras preguntas? ¿Te parecerá una desatencion que te haga tantas?

—Pregúntame todo lo que quieras.

—Lo que yo quiero es que convengamos de nuevo en

todo lo que hemos dicho, que es lo siguiente: Hemos convenido, por una parte, en que la filosofía es una cosa buena, que hay filósofos, que los filósofos son hábiles, que los hombres hábiles son útiles, y que los inhábiles inútiles; y por otra parte, estamos de acuerdo en que los filósofos son inútiles, mientras hay artistas especiales, y los hay siempre. ¿No estamos conformes en todo esto?

—Ciertamente.

—Estamos, pues, conformes, á mi parecer, y tú mismo lo reconoces, en que si la filosofía consiste en saber todas las artes de la manera que tú dices, los filósofos serán inhábiles é inútiles mientras haya artes entre los hombres. Mira que acaso no sea así, querido mio, y que filosofar sea otra cosa que mezclarse en todas las artes y pasar su vida en hacerlo todo y aprenderlo todo, porque á mi parecer esto es impropio, y se llaman peones á los que se ocupan de esta manera en las artes. Por lo demás, para que te persuadas mejor de que digo verdad, respóndeme á lo siguiente: ¿quiénes son lo que saben corregir los caballos? ¿Son los que los hacen mejores ó son otros?

—Los que les hacen mejores.

—Y respecto á los perros, ¿saber corregirlos no es hacerlos mejores?

—Sí.

—De esta manera, ¿con un mismo arte se les hace mejores y se les corrige?

—Lo confieso.

—Pero este arte de hacerlos mejores y de corregirlos, ¿no es el mismo que el de discernir los buenos de los malos, ó es otro distinto?

—No, es el mismo.

—¿Y dirás lo propio de los hombres? El arte de hacerlos mejores ¿es el mismo que el de corregir y discernir los buenos de los malos?

—Es el mismo.

—El arte que se aplica á un solo hombre, ¿puede aplicarse á muchos, y el arte que se aplica á muchos puede aplicarse á uno solo?

—Sí.

—Lo mismo sucede con los caballos y con todos los animales.

—Convengo en ello.

—Pero, ¿cómo llamas á la ciencia que corrige á los que viven en la licencia y violan las leyes? No es la ciencia del juez.

—Sí.

—Y esta ciencia ¿no es la que llamas justicia?

—La misma.

—Así, pues, el arte de corregir á los malos sirve tambien para distinguirlos de los buenos.

—Seguramente.

—Y el que reconoce uno de estos, puede reconocer muchos.

—Sí.

—Y el que no puede reconocer muchos, no podrá reconocer uno solo.

—Lo confieso.

—Por consiguiente, si un caballo no distingue los buenos de los malos caballos, no conocerá tampoco lo que es él mismo.

—Ciertamente no.

—¿Sucede lo mismo con un perro?

—Lo mismo.

—Así, pues, un hombre que no distinguiese los hombres buenos de los malos, ignoraría si él mismo es bueno ó malo, puesto que tambien es hombre.

—Cierto.

—¿No conocerse á sí mismo es ser sabio ó mentecato?

—Es ser mentecato.

—Por consiguiente, conocerse á sí mismo es ser sabio.

—Así lo pienso.

—Así, pues, á lo que parece, la inscripcion del templo de Delfos (1) nos exhorta á practicar la sabiduría y la justicia.

—Así parece.

—¿Pero no es la justicia la que nos enseña á corregirnos?

—Convengo en ello.

—Por tanto el arte de corregir es la justicia, y el arte de conocernos á nosotros mismos y á los demás es la sabiduría.

—Así me lo parece.

—La justicia y la sabiduría son, por tanto, una misma cosa.

—Al parecer.

—Y los Estados están bien regidos, cuando los malos son castigados.

—Dices verdad.

—¿Es esto lo que se llama la política?

—Convengo en ello.

—Cuando un hombre gobierna bien un Estado, ¿no se le da el nombre de rey?

—Sin duda.

—¿Gobierna, pues, con el arte real?

—Es claro.

—¿Y éste no es el mismo de que acabamos de hablar?

—Parece que sí.

—Cuando un particular gobierna bien su casa, ¿qué nombre se le da? ¿No se le llama un buen administrador, un buen amo?

—Sí.

—¿Mediante qué arte gobierna tan bien su casa? ¿No es mediante el arte de la justicia?

—Seguramente.

(1) Γνωθι σεαυτόν: Conócete á tí mismo.

—Me parece, pues, que rey, político, administrador y amo justos y sabios son una misma cosa, y que el reinado, la política, la economía, la sabiduría y la justicia no son más que un solo y mismo arte.

—Es evidente.

—Y bien, cuando un médico hable de enfermedades delante de un filósofo, ó un artista cualquiera hable de su arte, sería vergonzoso para el filósofo el no entender lo que dicen ni poder dar su dictámen; y cuando un juez, un rey ó cualquiera otro de los que hemos nombrado hablen delante de él, ¿no será vergonzoso para este filósofo no poder entenderles ni decir nada?

—¿Cómo no ha de ser vergonzoso, Sócrates, no tener nada que decir sobre tales cosas?

—¿Pero asentaremos, que sobre estas cosas el filósofo debe de ser como un pentatlo que está siempre en segunda línea, y que por consiguiente es inútil en tanto haya hombres especiales; ó bien diremos, que no debe abandonar á otro la direccion de su casa, ni ocupar en esto el segundo puesto, sino que debe saber juzgar y castigar como sea preciso, para que su casa esté bien administrada?

Convino en ello.

—En fin, si sus amigos le toman por árbitro ó su patria le hace juez en los negocios públicos ó privados, ¿no será una vergüenza para él encontrarse en segunda ó tercera línea en lugar de ocupar la primera?

—Así me parece.

—Mi querido amigo, está muy lejos de consistir la filosofía en aprenderlo todo y en dedicarse á todas las artes.

Al oír estas palabras el sabio, confundido por lo que habia dicho, no supo qué responder, y el ignorante aseguró que yo tenia razón. Los demás aplaudieron tambien lo dicho por mí.